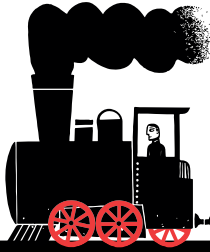




**Andana**  
editorial



# El Maquinista



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO,  
DEL CÓMIC Y DE LA LECTURA

Título original: *Les aventures de Diània*, 2021

© del texto: Francesc Gisbert

© de las ilustraciones: Javier Lacasta Llácer

© de la traducción: Letícia Oyola

Revisión lingüística: Antonio Díaz

© Andana Editorial

Av. Aureli Guaita Martorell, 18

46220 Picassent

andana@andana.net - www.andana.net

Tlf. 962 48 43 82

1.ª edición: marzo de 2024

ISBN: 978-84-19913-29-6

Depósito: legal: V-339-2024

Impreso en la UE



Prohibida la reproducción,  
distribución, comunicación  
pública o transformación  
de este libro sin la autorización  
escrita del editor. Diríjase a  
CEDRO si necesita fotocopiar  
o escanear algún fragmento de  
esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com);  
917 0219 70 / 932 72 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Las aventuras de  
**DIANIA**



**Francesc Gisbert** / Ilustraciones - Javier Lacasta Llácer





W. JACOB



# Caminos de Roma



Roma quiso conquistar el mundo. Y el mundo se dejó conquistar. Los romanos sienten que tienen derecho a conquistar la humanidad. Y gran parte de la humanidad se resigna a ser gobernada. Es la ciudad más poblada y poderosa que ha existido jamás. Roma devora todo lo que toca, como un inmenso torbellino.

Las legiones romanas se extienden, a finales de la era de Augusto, por todo el mundo. Todas las tierras conocidas han sido conquistadas y pagan tributos. Solo existe el mundo dibujado en los mapas de Roma. Más allá de los límites, en Britania o Germania, en Sarmatia Oriental o en los desiertos del norte de África, no hay nada. Solo tribus desconocidas y leyendas fantásticas.

La primera vez que fui a Roma, el puerto de Ostia, de límites imprecisos, se abría a un lío de calas de hormigón donde fondeaban cientos de barcos. Conversaciones en todas las lenguas y pieles de todas las razas. Embarcaciones de cualquier país y viajeros de las más diversas procedencias. Entraban y salían, anclaban al llegar o desplegaban velas y remos para navegar. Por las noches, el resplandor de los templos y las villas desafiaban la oscuridad y se adivinaban desde mar adentro.

Mis padres me mandaron a Roma para servir a la familia patricia de los Tiberíades. Pensaba que me encontraría una ciudad temida y admirada. Lo que me encontré fue una ciudad donde se respiraba miedo. Un miedo silencioso que se palpaba en las miradas y se saboreaba en las conversaciones en voz baja. Un miedo al que, sin saberlo todavía, me enfrentaría con la más singular de las compañías.

Pero vayamos por partes. Para comprender mi historia, lo primero que tenéis que saber es que no soy romana. Nací en Dianium, en la costa de la península de Hispania. Para los romanos, esto no es más que una provincia de su imperio, la Tarraconense. Vivía en una alquería, cerca de la Almadraba. En la Almadraba tejían redes y había un taller de alfareros. Fabricaban ánforas y



tejas. Mi familia cultivaba las tierras de los alrededores, propiedad de los Tiberiades. El primer Tiberio llegó después de que las legiones de Roma conquistaran aquella tierra a mis abuelos. Se adueñaron de todo.

En Dianium vivía uno de los administradores, con tierra e intereses en Ilici, Saetabis y, según decían, más al norte, en Valentia y Saguntum. Se encargaba de cobrar los tributos, puntualmente, y de imponer las leyes romanas. También conocí a muchos colonos, antiguos legionarios de Julio César y Augusto. Al licenciarse, tras veinte años de servicio, los soldados que sobrevivían a las guerras recibían tierras en todo el Imperio. Algunos se convertían en vecinos nuestros.

Yo siempre había sido una niña especial. O eso pensaba la gente. Prefería la compañía de los animales y pasear por la montaña que tratar con personas. En tiempos de los abuelos, nuestro pueblo vivía en la cima de una montaña. Pero las legiones romanas los obligaron a abandonar las sierras y a instalarse en la llanura y en la costa. Según mi padre, los abuelos fueron de los últimos habitantes de las montañas. Ahora, en el poblado de la sierra solo había ruinas. Excepto la cueva de la Mujer.

La cueva era un lugar de peregrinación. A ella se accedía por sendas de leñadores. A pesar de eso, los



caminos que llevaban a la cueva de la Mujer siempre estaban transitados. Cientos de pies los mantenían abiertos y libres de vegetación. La anciana de la guarida era una curandera: una bruja.

En la alquería, había oído contar historias en voz baja, al calor del fuego, durante las noches más frías. Historias sobre el final de las últimas brujas de Dianium, de antes de los romanos. Cuando nuestro pueblo era libre y habitaba las montañas.

La mujer de la cueva vivía sola, en una galería natural, junto a la cascada de un arroyo. Curaba con los conocimientos de la naturaleza, con infusiones y brebajes de plantas, con ungüentos y cataplasmas, con la fuerza de la oración y la imposición de manos. Hablaba la lengua de las montañas, totalmente distinta del latín de los colonos y de los legionarios. Se decía que también adivinaba el futuro y se comunicaba con el más allá. Y que en la cascada vivía un espíritu elemental, una ninfa de agua con poderes mágicos. De vez en cuando, emergía de las aguas, concedía sus dones o castigaba con maldiciones.

No sabía por qué me habían llevado allí. No padecía ninguna enfermedad. Mi madre tampoco. La mujer de la cueva me agarró las manos y me miró un buen rato a los ojos. En medio de la oscuridad, la hoguera resplan-







decía al fondo. El olor a aceite quemado me agobiaba. Y el baile de las sombras difuminaba los objetos más diversos. Cuando su mirada se cruzó con la mía, fue como abrir una ventana y contemplar el paisaje interior de mis pensamientos. La mujer era muy vieja y arrugada; hablaba siseando, como las serpientes. Formuló algunas preguntas. Al acabar, nos hizo esperar fuera, en la entrada. Tenía que hablar con mi madre.

Durante el camino de vuelta, mi madre no abrió la boca, perdida en sus pensamientos. De vez en cuando, se giraba y me miraba de reojo. De un modo que no presagiaba nada bueno. La verdad es que nunca me había mostrado el mismo afecto que a mis hermanos. Aquella noche descubrí por qué. Al volver a casa, intuía que mis padres hablarían de aquello. Y que lo harían cuando creyeran que no los escuchaba. Me mandaron a por leña antes de cenar. Mis hermanos jugaban fuera de casa. Pegué la oreja a la ventana. Mis padres conversaban asustados:

–¿Eso te ha dicho?

–Sí, no podemos hacer nada. Por nuestro bien y por el suyo.

–¿Cómo sabes que no son desvaríos de loca? Esa mujer tiene una pila de años, debe de chochar y está como un cencerro.



–La mujer de la cueva no está nada trastornada. Tiene la semilla. Y ha dicho que Diania también. Pero una semilla diferente de la suya. ¡Yo siempre lo he sabido! Igual que el vecindario. Si se queda en casa y la descubren, nos pondrá a todos en peligro. La gente empieza a murmurar. De pequeña, vale, pero, a medida que se vaya haciendo adulta, se darán más cuenta. La mujer de la cueva me ha explicado que la semilla germina en la adolescencia y no para de crecer hasta la edad adulta. Lo ha dejado bien claro.

–Por mí se pueden ir todos a paseo. Mi hija no tiene culpa de nada.

–Tu hija no es hija mía. Acierta los cambios de tiempo. Adivina quién vendrá. Los animales la obedecen. ¿Te acuerdas de aquel lobo rabioso que rondaba por las casas? ¿El que mordió a la nieta del carpintero? Tengo la imagen grabada en la memoria. Eran las fiestas de primavera y los niños jugaban en la noria con la llegada del buen tiempo. Algunas mujeres corrían, alertadas por los ladridos y los llantos. Y entonces la vimos: erguida, delante del lobo rabioso, de aquella boca que era todo dientes. Los otros niños habían huido. Ella le plantaba cara a la bestia. Tan serena. Susurraba unas palabras. El lobo obedeció, dejó que se fuera la nieta del carpintero y dio media vuelta.





-¡Desagradecidos! Debería haber dejado que se comiera a la criatura. Así no despotricarían.

-Hasta ahora la he criado como si fuera hija mía. Pero tú sabes quién era su madre. En Roma tendrá una oportunidad que nosotros no le podemos dar. Esto me dijo la mujer de la cueva: «El destino de Diania son los caminos de Roma». Y además, servirá para pagar las deudas que tenemos con el administrador.



# La dama de gris



La embarcación tuvo que esperar en la bocana del puerto de Ostia hasta que autorizaran su paso con las indicaciones de bandera convenidas. La Ondina era una de las muchas naves de vela y remo que navegaban por el Mare Nostrum. Mientras llegaba el momento de entrar al puerto, algunos pasajeros se fijaron en una estatua situada en lo alto de un acantilado:

–Es la quimera. La criatura protectora del puerto. Controla la entrada de forasteros. Y cuando no detecta algo sospechoso, levanta el vuelo y destroza la nave.

Aquel marinero malcarado se lo pasaba en grande atemorizando a los pasajeros. En La Ondina viajaban



sobre todo desheredados de provincias meridionales del Imperio, en busca de una vida mejor. Se creían las historias y se abrazaban unos a otros. Una niña empezó a llorar a mi lado:

–Es de piedra. Y la piedra no tiene vida.

Se lo dije al oído. Pero el marinero me oyó y puso un gesto de disgusto. Me tenía atravesada. Yo viajaba sola, desde que embarqué en el puerto de Dianium, con un cargamento de ánforas llenas de vino y aceite. Cualquiera otra no habría dicho ni pío, muerta de miedo. ¿No tenía bastante con las historias de monstruos marinos y piratas sanguinarios ni con el hecho de viajar sola y desamparada? Algunos pasajeros me tomaban por una trotamundos. Sabían que el viaje de Hispania a Roma no era barato. Pero ignoraban que me lo había pagado el administrador de los Tiberíades. El capitán de La Ondina había recibido órdenes de llevarme sana y salva a Roma después de hacer escala en diversas islas del Mare Nostrum: en las Baleares, Cerdeña y Córcega.

–¡Calla, piojosa! Te tendría que haber lanzado por la borda cuando subiste. A ti y a tu rata.

Apreté los dientes, rabiosa. Habría contestado por la tremenda, pero recordé las palabras de mi padre: «Habla poco, escucha más, y noerrarás». Preferí hacer caso y





callar. Aquella bestia peluda y despechugada, de cabeza rapada y mirada de zorro, parecía capaz de cumplir su amenaza. Lo veía con ganas de arrancarme la cabeza de un mordisco y escupir el hueso. Estábamos muy lejos del puerto como para llegar a nado. Uri, en cambio, sacó la cabeza de la bolsa de cuero y gruñó, desafiante. El marinero se giró, muy contento, como si entendiera los insultos. Uri se escondió enseguida en el zurrón, entre mis escasas pertenencias. Era una ardilla de montaña. La encontré cuando no levantaba un palmo del suelo, acurrucada junto al tronco de un árbol talado por unos leñadores. Y desde entonces estamos juntas, somos uña y carne. Mis padres se opusieron a que me la llevara a Roma. No les hice caso. Era la única amiga que me quedaba.

Avanzábamos remolcados por una barca de remos. Al ser de poco calado, La Ondina echó amarras junto al muelle. No necesitaba profundidad como las galeras, más grandes. En el puerto se respiraba gran agitación. Mástiles, poleas, montones de carros, mercancías apiladas y un hervidero de marineros, comerciantes y transeúntes... Las naves y las calles del puerto bullían de vida. La nave atracó entre gritos y sogas. El capitán dejó que los pasajeros desembarcaran primero, para que no entorpecieran las maniobras de la estiba. El pasaje ocupó el lado de

